

missionnaire : ¿nos ha traído Vd. al campo-santo? — Señores, dijo *Joseph*, nos hallámos en la *Plaza de los Mártires*; aquí están enterradas las víctimas de la revolución de 1830; pero yo aquí no puedo conducirlos : ahí tenéis el conserje que os informará de todo.

Esta pequeña pero lindísima plaza es una de las cosas mas curiosas que he visto en toda mi expedición. Cerrada exteriormente por cuatro palacios de sencilla y elegante construcción, forma interiormente un cuadro de sarcófagos, donde se han depositado los restos mortales de los que perecieron en los días de la revolución : quinientos mártires de la libertad reposan bajo los arcos de aquellas tumbas. En medio del cuadro se levanta un monumento, en cuyos cuatro ángulos se ven cuatro estatuas de mármol blanco que representan la *Guerra*, la *Libertad*, la *Victoria* y el *Dolor*. En su parte superior un Genio escribe en el libro de la historia los días 23, 24, 25 y 26 de Setiembre de 1830. Cuatro relieves (que no estaban hechos todavía, porque aun no se habia concluido aquella plaza fúnebre) habian de representar en cada ángulo los hechos militares de cada día. En el sepulcro de frente de la entrada se leía en letras de oro el acuerdo de 25 de Setiembre de 1831 para la construcción de este monumento glorioso y lúgubre. El pavimento es de mosaico. El conserje era un sarjento de Napoleón que habia hecho la guerra en España, con cuyo motivo hablaba algunas palabras españolas. Tirabeque no desaprovechó la ocasión, y empezó á hacerle preguntas impertinentes, como por ejemplo, si él era mártir tambien, si se acordaba del vino de Valdepeñas, y otras por el estilo; lo que me movió á tomarle del brazo y sacarle cuanto antes de la *Plaza de los Mártires*.

Los ladrones.

Habia reparado Tirabeque, y así me lo manifestó al salir de la *Plaza de los Mártires*, que no se veían en Brusélas señoras asomadas á las ventanas curioseando, como en otras partes acaece, lo que pasa por las calles. — Y el caso es, mi amo, añadió, que ni se encuentran señoritas por la calle, ni las veo á las ventanas : sin duda las hermanas belgas deben ser muy recogidas y muy case-ras; y no lo siento yo porque no me vean á mí, sino porque no puedo yo verlas á ellas : no, en Madrid no sucede eso.

Acompañábanos ya entonces el hermano Bourman, secretario de

la legación, que se nos habia incorporado; y al oír á Tirabeque, — no es infundada, le dijo, hermano Pelegrin, su observación de Vd. En efecto, aquí las señoras pasean ménos las calles que en Madrid : generalmente salen poco, y bien vayan á misa, ó á visperas, ó á visita, suelen hacerlo en carruaje. Así como tampoco observará Vd. en este pueblo los enjambres de prostitutas, que escandalizan en asomando la noche, por las calles de Madrid, París y otras grandes poblaciones. — Qué, ¿no hay aquí gente de esos tratos? — Sí la hay, pero el gobierno tiene tomadas disposiciones para que á lo ménos no se ofenda el público decoro, permitiendo que se haga públicamente alarde del vicio y la relajación. — Entiendo, Sr. Gurman, y me place que el gobierno ponga á raya á esas mujeres.

— Y dígame Vd., y Vd. perdone la curiosidad : ¿prohíbe tambien el gobierno á las señoritas decentes y de conducta asomarse á la ventana? — Ah, no, pero ni lo hacen ni tienen necesidad de hacerlo, por causa de *los ladrones*. — ¡Hola, Sr. Gurman! ¿Cómo es eso? ¿Ladrones por aquí? ¿Y tantos hay, que ni siquiera se atreve la gente á asomarse á ver lo que pasa por la calle? — Qué, ¿no los ha visto Vd. en cada ventana? — Señor secretario, Vd. tambien quiere burlarse de mí : yo no he visto en las ventanas mas que unos espejos redondos puestos en frente uno de otro por la parte de afuera. — Pues esos cabalmente son *los ladrones*. Esos espejos que Vd. ha visto, y á los cuales aquí se les da ese nombre, están tan ingeniosamente colocados y combinados, que reflejando los objetos que pasan por la calle, pueden ver las señoras desde dentro, sin ser ellas vistas, cuanto por delante transita en cualquiera dirección. — ¡Cuidado con los tales ladroncicos, mi amo! Ya veo yo que las hermanas belgas son mas astutas que las de allá. — ¡Cosas (exclamó el hermano Isidro haciéndose la cruz) como las que se ven en estos países extranjeros! El diablo son las extranjeras, vamos.

Á mí Fray Gerundio, tambien me cogió de nuevo el ingenioso ardid. Despues ya se nos hizo familiar á todos, por haberle visto en práctica en todos los Países-Bajos belgas y holandeses. ¡ Dichosos países, donde los únicos *ladrones* que se conocen son los juegos de espejos en las ventanas!

Palacio del Príncipe de Orange.

Llegámonos á dar vista al *Jardín Botánico*, uno de los objetos mas bellos de la ciudad y en cuya riquísima y elegante estufa se cultiva una prodigiosa multitud de vistosas y variadas flores, porque no hay en el mundo gente mas aficionada á las flores y á la jardinería que los belgas. Pasámos por el *Boulevard del Observatorio*, dejando á este á la izquierda : entrámos por la *Plaza de las Barricadas* (en todo *segunda edicion* de Paris), yendo á parar á la calle *Ducal*, y *Palacio del Príncipe de Orange*.

Este palacio, propiedad particular de la casa de Orange, y de la cual no ha querido desprenderse el Rey de Holanda, aun despues de la separacion de la Bélgica, es la principal curiosidad, el monumento que visitan con preferencia todos los extranjeros en Brusélas. Es un vice-versa de lo general de las casas de Madrid. Estas exteriormente aparecen pequeños palacios : interiormente suelen ser pequeños calabozos ; aquel exteriormente parece una pequeña casa, interiormente es un palacio magnífico.

Un vestíbulo cuyo pavimento es de raíces de árboles al estilo ruso, precede á dos soberbias escaleras de piedra blanca. Allí nos recibió con la mayor atencion y urbanidad nuestro apreciable compatriota el *Sr. Cabanillas*, que habiendo servido al Príncipe de Orange en la guerra de la independencía, le siguió siempre, y hoy es el conserje destinado á hacer los honores á los extranjeros que visitan aquel suntuoso palacio. Cada uno de nosotros experimentó una indecible alegría al encontrarnos allí con un tan amable español.

Antes de penetrar en los salones, fuimos introducidos en un cuartito, donde hay siempre preparados unos pantuflos ó babuchas, que indispensablemente hay que calzarse para no lastimar los suelos, que son taraceados de madera exquisitamente alisada, lustrosa y brillante. El embarazo que naturalmente causaba al andar aquel sobrecalzado, no dejaba de hacer novedad en el sistema ambulativo del hermano Isidro ; pero á quien se le hacía mas sensible era á Tirabeque, con motivo de la desigualdad de sus piernas ; y en la imposibilidad de levantarlas tenia que llevar siempre inclinado su cuerpo dellado de la mas corta, haciendo una figura sumamente ridícula y extravagante, y como quien llevaba un dolor asiduo de costado. — Señor, me decia, trabajo es andar

por los palacios de los Príncipes, porque esto de tener que ir arrastrando los piés.... así se acostumbran ellos á ver á los hombres arrastrarse por su casa y á tratarlos arrastradamente..... Al decir esto resbaló, perdió el equilibrio, y las posterioridades de mi lego se pusieron en contacto con los suelos del Palacio del príncipe de Orange. — Señor, esto ya me lo estaba yo temiendo ; sobre que no se puede andar por palacios sin exponerse á resbalar y dar una caída.

Hubiérase de buena gana vuelto atras si hubiera visto en mí mas disposicion á permitir-lo.

Imposible es hacer una descripcion de la riqueza del menaje de aquel palacio. Pero fuera pecado mortal no hacer mencion expresa de algunos de sus muebles : por ejemplo, el espejo que se halla sobre la chimenea de la sala de recibimiento, alto de 12 piés, y el mayor, dicen, que ha salido jamas de las fábricas de cristales : la mesa y copa de malagueta de la sala de audiencia, y la mesa de lapislázuli en el salon azul, regalo (estos tres últimos) del emperador de Rusia á su hermana la princesa de Orange. — ¿ Y qué valor, le pregunté al hermano *Cabanillas*, se calcula que tendrán estas piezas ? — La mesa y copa de malagueta, me respondió, están valuadas en dos millones de reales, y esta de lapislázuli en unos seis millones. Tirabeque abrió la boca en términos que creí se le desencajaban las mandíbulas ; el hermano Isidro se hizo la señal de la cruz ; y el hermano Anselmo, el hermano Bourman y yo nos mirámos, callámos y seguimos pasando revista á aquellas ricas paredes, de mármol unas, de estuco otras, y otras cubiertas de terciopelo encarnado guarnecido de oro.

— Esta sillería de tapiz (nos dijo el conserje nuestro compatriota en la sala de audiencia de la princesa) ha sido bordada por la mano de la princesa misma. — Señor, añadió Tirabeque, de estas bordadoras habíamos nosotros de tener en casa por doncellas : por mi ánima que tiene buena aguja la señora princesa ; y quien así sabe bordar banquetas y sillones, lléveme el diablo si no haria unas camisas que se las pudiera poner el mismo Santo Padre, que tengo para mí que no me habian de lastimar las costuras como las que traigo, y eso que son de Coruña de la de á cinco y medio.

Habia ántes en el palacio multitud de cuadros de Rubens, de Rafael, del Perugin, de Velázquez, de Leonardo de Vinci, y de otros no ménos célebres artistas ; pero estos con otras muchas preciosidades los han ido trasladando al Palacio Real de la Haya despues de la revolucion, segun de todo nos informó el hermano

Cabanillas. Concluida la visita, volvimos á dejar nuestros pantuflos, de que ya teníamos gana todos, y salimos tan complacidos como admirados del Palacio del Príncipe de Orange.

Y va de palacios.

Pero estos son ya de *Bellas Artes*, á los cuales, aunque poco conocedor, no les tiene Tirabeque tanta antipatía. Así es que entró sin repugnancia en el que antiguamente fué residencia de los gobernadores generales, y hoy está destinado á Museo de pinturas, Biblioteca pública, Gabinete de historia natural, Gabinete de física, y á la exposicion de los objetos de industria nacional que se hace cada cuatros años, y de la que tuvimos la fortuna de que nos tocara una gran parte que ver y admirar, llamando muy particularmente nuestra atencion dos magnificos cuadros, que representaban el uno *el Compromiso de los Nobles*, y el otro *la Abdicacion de Carlos V.*

Por lo demas el *Museo Nacional* de pinturas de Brusélas no es ni el mas numeroso ni el mas selecto; no porque de ellas carezca el país ni tampoco por falta de gusto y aficion, sino por la razon que diré despues.

La *Biblioteca* consta de unos 150 mil volúmenes impresos y sobre 16 mil manuscritos, y no sé en verdad cómo no posee millares de millares, y aun millones de libros, porque no hay pueblo en el mundo en que se imprima mas que en Brusélas. Solo la *Sociedad belga*, una de las muchas grandes sociedades bibliográficas de aquella ciudad, basta para llenar de libros las cuatro partes del mundo. El *establecimiento geográfico* que hay fuera de la puerta de Flándes es el mas vasto, el mas bello y el mas considerable que se conoce. Y si se realiza el proyecto de la máquina *lito-tipográfica*. ¡Dios sabe dónde iremos á parar! Por supuesto que no hay obra francesa que no se contrahaga y no se reimprima en Brusélas, con cuyas *contrefactions* están que se dan al diablo los franceses, y de cuyo contrabando son los mas celosos é intolerantes perseguidores. Y no sin razon en verdad, porque no bien se ha publicado una obra en Francia, que si se descuidan, á los cuatro dias amanece Paris plagado de la misma obra reimpressa en Brusélas acaso con mas esmero y mucho mas barata. Obras, nombres, revoluciones, política, teatros, no hay cosa de que Brusélas no intente hacer y ser la

segunda edicion de Paris. Á pesar de eso, en materia de libros yo no he tenido la fortuna de adquirirlos en Brusélas á tan bajo precio como cuentan algunos, y cada uno hablará de la feria segun le ha ido en ella.

Los gabinetes de Historia natural y física son abundantes y preciosos.

Dije que hallaba una razon para que el *Museo Nacional* de pinturas no fuese ni tan numeroso ni tan selecto como era de esperar en un pueblo en que ni escasean las pinturas ni falta gusto ni aficion á ellas. Y esta razon es la de los muchos aficionados que tienen museos, galerías y colecciones particulares de cuadros de todas las escuelas y de todos los autores conocidos. Citaré entre ellas las mas notables y curiosas.

1ª La de su Alteza Real el *Duque de Aremburg*, abierta al público en su palacio calle de *Petits Carmes*, con su correspondiente preciosa Biblioteca.

2ª La de *M. Maleck*, calle Real, número 74, llena de inapreciables riquezas, y en la que apenas se hallará un cuadro que no sea selecto.

3ª La de *M. Van Becelaer*, plaza de la Moneda, exclusivamente de cuadros modernos.

4ª La del *Baron de Wiskersloot*, calle Nueva.

5ª La del *Conde Vilain XIV*, calle Nueva Larga.

6ª La del *M. Stéris*, calle Real; de *M. Stéris*, que se ha hecho una reputacion colosal, porque apenas se habrá vendido hace años en Europa un cuadro de mérito que no haya pasado por las manos de *M. Stéris*.

7ª El almacén de *M. Van Callemberg*, calle del Escudero.

Y cien otras galerías y colecciones particulares, que seria largo enumerar, como seria largo el visitarlas todas, y por cuya razon á mí se me quedaron muchas por ver.

Diálogo á cuatro.

Á los pocos dias de estar en Brusélas, y despues de haber visitado sus establecimientos, sus fábricas y manufacturas, y otros objetos interesantes, se entabló entre los cuatro españoles viajeros como por via de repaso y epilogo de observaciones, el diálogo siguiente:

FRAY GERUNDIO. — Y bien, señores, ¿ qué es lo á cada uno de

Vds. le ha gustado mas ó excitado mas particularmente su curiosidad de lo que hemos visto en estos dias ?

EL HERMANO ANSELMO. — Muchas cosas me han agradado en esta capital. Yo veo aquí la mano de un gobierno liberal y protector de la industria y del trabajo, y veo unos habitantes naturalmente laboriosos, dóciles y atentos. Y aunque hasta ahora no he visto aquí grandes fábricas de paños, me han gustado sobremanera las de esos delicadísimos encajes, que bien merecida tienen la fama que gozan; las de esos preciosos estampados sobre seda y percal...

EL HERMANO ISIDRO. — Pues á mí lo que me gusta son esos coches tan pulidos y tan relumbrantes; vaya que se ve un hombre la cara en ellos. ¡ Y qué bien trabajadas tienen las llantas y todas las piezas de hierro! Y cuidado que los hay de mil clases y de mil figuras! Mire Vd. que avanzan á los de Paris. Y segun dicen están muy arreglados.

FRAY GERUNDIO. — Así es la verdad, hermano Isidro. Y ahora veo que es muy justa la celebridad que tienen las fábricas de carruajes de Brusélas. ¿ Y tú qué dices, Pelegrin ?

TIRABEQUE. — Señor, á mí lo que mas me va gustando de la Bélgica es la cocina. Como soy cristiano español, que dan bien de comer en este país, y que si en los demas pueblos que tenemos que andar guisan y ponen una mesa como en este hotel (aparte de la miseria del pan), dígole á Vd. francamente que se come mejor que en Francia, y que se puede vivir muy bien aquí. — (Risas á tres gargantas.)

EL HERMANO ANSELMO. — De lo que no nos hemos enterado aun es de la legislación belga, ni hemos visto el Palacio del Rey ni el de las Cámaras, y esto sería muy curioso para mí.

FRAY GERUNDIO. — Vos, hermano Anselmo, habéis hablado ántes como fabricante, y ahora habláis como político y como ex-diputado. Uno y otro os compete bien; pero en cuanto á la última observacion, no ha sido olvido por mi parte, sino que habiendo de abrirse las Cámaras, dentro de pocos dias, he creido conveniente diferirlo hasta entónces.

He pensado mas: soy de opinion que en los dias que médian, puesto que los caminos de hierro ofrecen tanta facilidad para ir y volver, hagamos alguna correría por el país, y regresemos para el dia de la apertura.

Todos. Aprobado; que se haga como lo dice Fray Gerundio.

TIRABEQUE. — Señor, otra cosa encuentro aquí en la Bélgica, que tambien me gusta mucho. Y es que aquí las mujeres del pue-

blo todas traen á la cabeza sus cofias y sus papalinas tan curiosas y tan blancas, y no aquellos pañuelos que llevan las francesas.

Todos. — Que deje eso Tirabeque para otro dia, que hoy ya no viene al caso. Y tratemos de disponer el viaje, y que diga Fray Gerundio dónde hemos de ir.

FRAY GERUNDIO. — Si á Vds. le parece, irémos hácia Lieja.

Todos. — Aprobado; á Lieja.

Caminos de hierro.

Puesto que el viaje de Brusélas á Lieja se hace ya por camino de hierro, estamos en el caso de hablar de esta clase de caminos y de cumplir lo que ofrecí en la página 82 del tomo 1º. Allí dije que me reservaba tratar este punto para cuando llegase á la Bélgica, por ser el país en que los caminos de hierro están mas generalizados y mejor acondicionados y servidos, y así lo cumpliré.

SU ESTRUCTURA. No todos los españoles, por lo que en muchas conversaciones he oido y observado, tienen una idea exacta de la forma material de los caminos de hierro. Consisten estos en dos barras *prominentes* de aquel metal colocadas sobre el terreno en líneas paralelas. Y digo *prominentes*, porque no son las barras las que encajan en el suelo y sobre su muesca ó encaje marchan las ruedas, como generalmente he oido discurrir, y así eran realmente en su principio; sino las ruedas las que por medio de unas muesquecitas abrazan las barras, las cuales sobresalen algunas pulgadas de la superficie del camino. Así son ahora con incalculable ventaja sobre la forma antigua. Estas barras están fuertemente clavadas y sujetas en toda la línea ó extension que el camino comprende, á unos zoquetes de madera que embutidos en el terreno le van atravesando en líneas trasversales como á distancia de pié y medio, y que se rellenan y cubren despues con tierra, arena ó cascajo.

Admitiendo como admiten los caminos de hierro tan solo un declive ó inclinacion levisima é imperceptible, déjase conocer que no puede haberlos sino en terrenos ó países llanos, como lo es en general la Bélgica; á no afrontar con el trabajo y los gastos de desmontar terrenos, perforar montañas, rellenar barrancos, construir puentes ó hacer otras obras necesarias para buscar la competente igualdad y nivel. En efecto, los belgas han tenido que luchar tambien con estos inconvenientes en algunos parajes, como